

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>El dolor</i>	3	
<i>Xavier Tilliette</i>	5	Sentido y falta de sentido del dolor
<i>Gerardo Söding</i>	13	Jesús y los enfermos
<i>Mons. Juan C. Maccarone</i>	29	Fin del milenio: el sufrimiento. Advertencia y reclamo en Juan Pablo II
<i>Alberto Espezel</i>	39	Filiación y expiación
<i>Marie-France Begué</i>	51	Dolor y perdón: aportes para una poética del perdón
<i>Carlos Velasco Suárez</i>	58	Vacío y drogadicción
<i>Gustavo G. De Simone</i>	69	Reflexiones a partir de un equipo de cuidados paliativos
<i>Luis Baliña</i>	75	Acompañando a nuestros padres que envejecen
<i>Olegario González de Cardedal</i>	79	Soledad, esperanza, oración

Fin del milenio: el sufrimiento. Advertencia y reclamo en Juan Pablo II

*por Mons. Juan C. Maccarone**

1. Muchas lecturas se pueden hacer del pensamiento de Juan Pablo II, pero uno puede atreverse a leerlo desde cierta perspectiva a punto focal. Para el que estas líneas escribe, el “sufrimiento” del hombre, no sólo como drama secular, sino como experiencia del hombre del fin del milenio. No sólo como drama personal, sino como experiencia universal, entre otras cosas por “el estado de desigualdad entre los hombres y los pueblos, en un mundo donde existen tanto mal físico y moral, enredado en contradicciones y tensiones y lleno de amenazas”¹.

2. Pensamiento, y por ello, perspectiva, con la cual motiva su última encíclica “*Evangelium Vitae*”: “toda amenaza a la dignidad humana y a la vida del hombre repercute en el corazón mismo de la Iglesia, afecta al núcleo de su fe en la encarnación redentora del Hijo de Dios, la compromete en su misión de anunciar el “Evangelio de la vida” por todo el mundo y a cada criatura (Cf. Mc. 15, 15) (cf. más abajo los nros. 7, 8 y 13). La preocupación del Papa que motiva esta última encíclica es que: “Con las nuevas perspectivas abiertas por el progreso científico y tecnológico surgen nuevas formas de agresión contra la dignidad del ser humano, a la vez que se van delineando y consolidando una nueva situación cultural, que confiere a los atentados contra la vida un aspecto inédito y —podría decirse— aún más inicua ocasionando ulteriores y graves preocupaciones: amplios sectores de la opinión pública justifican algunos aten-

*Obispo de Chascomús. Antiguo decano de la Facultad de Teología de la UCA y profesor de Teología Fundamental. Presidente de la Comisión de Fe y Cultura de la Conferencia Episcopal Argentina.

¹ Dives in Misericordia p. 49. Ed. Paulinas.

tados con la vida en nombre de los derechos de la libertad individual². Es más, delitos que se quieren legalizar por medio de legislación por la cual se quiere “moralizar” la conciencia por medio de la ley; se pretende que estas acciones tengan la gratuitidad de las estructuras sanitarias del Estado (cf. *ibídem*).

3. Es el Papa “venido de Oriente”; Papa que viene de la tierra polaca, para seguir el ministerio de la fugaz presencia de su antecesor, Juan Pablo I, ambos llevando en el bi-nombre, Juan y Pablo, todo un programa: el Concilio Vaticano II, del Papa Juan XXIII que lo convocó “no sin inspiración sobrenatural”, quien con una —ahora normal frecuencia— misteriosa “parábola”, mostró lo que la Iglesia del Vaticano II quería realizar: la apertura al mundo para evangelizar, y saliendo de Roma, el Obispo de Roma, como Sumo Pontífice, comenzó un peregrinaje misionero, para ambos, extenuante. Pablo VI plasmó así el diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno: su urgencia es tal que constituyen un “verdadero peso en nuestro espíritu, un estímulo, una vocación, casi para nosotros mismos y para vosotros hermanos —que por igual, sin duda— habéis experimentado este tormento apostólico (...)”³.

4. No nos extrañe que Juan Pablo II, quien declaró a Pablo VI “su maestro”, en sus palabras y gestos nos muestre esta pasión, que es la impronta del Concilio. Venido de Polonia, tierra de “Jasna Gora”, del Monte de la Luz, donde el rostro de María y de su Hijo reinan y convocan, fue la tierra que supo del dolor de los hombres y las tragedias históricas de la humanidad, como tierra que supo acoger durante siglos a los perseguidos y sospechados, hasta de las mismas comunidades cristianas —“paraíso de los herejes” se la llamó— hasta padecer en su propia carne este siglo de mordedura de los totalitarismos nazi y comunistas, pero además convertida con sevicia en tierra elegida para el holocausto del pueblo judío.

5. Esta experiencia profunda y misteriosa de tanto mal, ¿no nos autoriza a leer sus encíclicas —no todos sus escritos y alocuciones— en una pauta que merece atención, y nos hace comprender su forma propia del “tormento apostólico” al que nos referimos? Esa clave puede ser el dolor del hombre. Su encíclica “*Salvifici Doloris*” puede ser la puerta de esta humilde interpretación. El dolor “es coextensivo al mundo” y cita a San Pablo: “la

² *Evangelium Vitae* N° 4.

³ *Ecclesiam Suam* N° 1, p. 9. Ed. Paulinas.

Creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto”⁴, y agrega: el dolor es “uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido ‘destinado’ a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo”, pertenece a la “trascendencia del hombre”⁵ y Cristo “se acercó sobre todo al mundo del sufrimiento humano por el hecho mismo de haber asumido este sufrimiento en sí mismo”⁶, y, mediante la profundidad divina de la unión filial con el Padre, “percibe de manera humanamente inexplicable este sufrimiento que es la separación el rechazo del Padre, ruptura con Dios”⁷.

En Cristo, el sufrimiento es solidaridad de Dios con todos los sufrientes y menesterosos, porque es sentida en la misma carne del Hijo Único del Padre (Cf. Heb. 5).

6. El misterio de Cristo se encarna en los gestos de los hombres que se inclinan y asumen el sufrimiento de todo hombre, el que está a la vera de su camino; hombre sufriente, que el Buen Samaritano —Parábola que el Papa expone como modelo de la actitud cristiana ante el sufrimiento— el cual da lugar a que el menesteroso le marque su camino en nuevo trazo: la curación del despojado y herido. Su camino es el hombre sufriente: “la parábola del Buen Samaritano que (...) pertenece al Evangelio del sufrimiento, camina con él a lo largo de la historia de la Iglesia y del cristianismo, a lo largo de la historia del hombre y de la humanidad. Testimonio que la revelación por parte de Cristo del sentido del sufrimiento no identifica de ningún modo una actitud de pasividad. Es todo lo contrario. El Evangelio es la negación de la pasividad ante el sufrimiento”⁸.

7. Es fácil comprender con pensamiento creyente cómo el Papa desde esta realidad sentida y vivida, nos hace remontar desde el drama humano teologalmente vivido y comprendido hacia el misterio de Dios en Sí mismo: las tres encíclicas que hacen a la Trinidad: *desde el Hijo, Cristo* (“Redemptor hominis”) *al Padre* (“Dives in misericordia”) *al Espíritu Santo* (“Dominum et vivificantem”).

Desde el misterio de la Cruz de Cristo, el hombre recibe una “nueva manifestación de la eterna paternidad de Dios, el

⁴ Salvifici Doloris N° 2.

⁵ Idem.

⁶ SD N° 16.

⁷ SD N° 18.

⁸ SD N° 30, capítulo 7.

cual se acerca de nuevo en El (Cristo) a todo hombre dándole el tres veces santo 'Espíritu de Verdad' (mostrándose en esta nueva manifestación) (...) fiel a su amor al hombre y al mundo. El suyo es un amor que no retrocede ante nada de lo que en El exige la justicia (...) amor siempre dispuesto a aliviar y a perdonar, siempre dispuesto a ir al encuentro del hijo pródigo⁹; mención de esta parábola que es anuncio de la verdad sobre el Padre de "Dives in Misericordia"¹⁰.

De allí concluye enfáticamente: "La Iglesia no puede abandonar al hombre, cuya 'suerte', es decir elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación y la perdición están estrechamente e indisolublemente unidas a Cristo"... Pero el hombre concreto, "este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía inmutable que conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención"¹¹.

8. En esta relación vital frente al hombre concreto en su grandeza y menesterosidad, se revela el misterio del Padre como "Rico en Misericordia" (Cf. DM passim). Rostro del Padre misericordioso que como anota el Papa en la encíclica respectiva, ya desde el Antiguo Testamento, el término mismo es riquísimo y mucho puede decirnos al respecto¹². La *miseriordia* no es cualquier amor, con toda la nota de responsabilidad del propio amor, agrega la cualidad de ser amor de madre, amor totalmente gratuito y dador de vida (rahamim: "Entrañas gestantes"); fidelidad más gratuidad dadora de vida: ¿Puede acaso una mujer olvidarse de su hijito, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaría" (Is. 49, 15)¹³. Relación vital que él, como Pastor de la Iglesia, le hace redescubrir y anunciar respecto de la situación de los hombres concretos que conforman hoy la humanidad, el camino de la Iglesia postconciliar: El hombre tiene precisamente miedo de ser víctima de una opresión que lo prive de su libertad interior, de manifestar exteriormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa, de la facultad de obedecer a la voz de la

⁹ Redemptor Hominis N° 9, p. 24-25. Ed. Paulinas.

¹⁰ DM, capítulo 4.

¹¹ Idem N° 14, p. 40, 41, ed. cit.

¹² DM N° 4, p. 19, ed. cit.

¹³ DM N° 4, nota 52, p. 19-21, ed. cit.

conciencia que le indica la recta vía a seguir”¹⁴. En este horizonte de amenaza, debería surgir un “gigantesco remordimiento” por un hecho universalmente conocido: “El estado de desigualdad entre los hombres y los pueblos no sólo perdura sino que va en aumento. Sucede todavía que, al lado de los que viven acomodados y en la abundancia, existen otros que viven en la indigencia, sufren la miseria y con frecuencia mueren incluso de hambre; y su número alcanza decenas y centenares de millones (...) un mundo donde existe tanto mal físico y moral como para hacer de él un mundo enredado en contradicciones y tensiones, y , al mismo tiempo, llenos de amenazas...”¹⁵.

9. Así llega Su Santidad a meditar el misterio del Amor Trinitario: Es Espíritu Santo. Intención expresa¹⁶, pero además respondiendo a algo más que su propio pensamiento: por fidelidad al Concilio “desarrollar en la Iglesia la conciencia que en ella ‘el Espíritu Santo impulsa a cooperar para que se cumpla el designio de Dios, quien constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo’.”¹⁷ El Espíritu es presentado por el Papa como “quien convence al mundo en lo referente al pecado”¹⁸. Pero como Cristo vino al mundo “no sólo para juzgarlo y condenarlo: él vino para salvarlo”¹⁹, el Espíritu Santo transforma el drama del pecado, el “sufrimiento” en “amor salvífico”²⁰, entra como regalo de amor “que redimirá al mundo”, ya que según la Carta a los Hebreos: “si la sangre de los machos cabríos y de toros... santifica en orden a la purificación”, añade —continúa el Papa—: “Cuanto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo sin tachar a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto al Dios vivo”²¹. En Cristo crucificado se da el paradójico misterio de amor: “En Cristo sufre Dios rechazado por la propia criatura: ‘No creen en mí’; pero a la vez desde lo más hondo del sufrimiento (...) el Espíritu saca una nueva dimensión del don hecho al hombre y a la creación desde el principio. En lo más hondo del

¹⁴ DM N° 11, p. 48, ed. cit.

¹⁵ Idem, p. 49, ed. cit.

¹⁶ DV N° 2, p. 5, ed. cit.

¹⁷ Idem, p. 6.

¹⁸ Idem, p. 34 ss.

¹⁹ Dv 27, p. 35, ed. cit.

²⁰ DV N° 39, p. 51, ed. cit.

²¹ DV N° 40, p. 53, ed. cit.

misterio de la cruz actúa el amor, que lleva al hombre a participar de la nueva vida, que está en Dios mismo”²². Así “Señor y vivificador”, despertando “el gran remordimiento” que llama a la Iglesia y a la humanidad a transformar el mundo desde el sufrimiento mismo, desde el pobre, menesteroso, del claudicante, del pecador. Sufrimiento que no es para Dios simple motivo de compasión²³, sino el camino de la redención, el modo, el estilo, es más, la grandeza misma de Dios: “fuerza (...) con la que más vehementemente influye en cada cosa”²⁴. El Espíritu revela y actúa la “pasión” de Dios, “fiel al hombre y al mundo” en el amor, “que no retrocede ante nada”²⁵.

10. Sin duda que el sufrimiento es clave de interpretación del Magisterio de Juan Pablo II, mostrando la exigencia del Evangelio, que no sólo ilumina e interpreta la realidad, sino que, desde la vida del Dios trino, reaparece el “tormento apostólico” de relacionarse con ese mundo sufriente para que sea el camino pastoral de la Iglesia; y no hay otro: es la alternativa que Dios eligió.

11. Se había señalado que frente al dolor y el sufrimiento, y frente a éste la misericordia de Dios como amor fiel y dador de vida, como las entrañas de una madre. Por ello no nos puede extrañar que María, la Virgen, es presentada como “Madre del Redentor” (enc. “Redemptoris Mater”), no sólo Madre Virginal del Hijo Eterno del Padre, dando a luz al “Hombre Nuevo” anticipo de la esperanza de la creación que “gime con dolores de parto”, sino la nueva maternidad al pie de la cruz, que “engendra por la fe” un fruto nuevo de amor “por medio de su participación en el amor redentor del Hijo”²⁶ maternidad nueva que encuentra una nueva continuidad “en la Iglesia y a través de la Iglesia”²⁷.

Se puede acotar el número de veces que la encíclica con la palabra “camino” designa el testimonio de la fe de María, la Madre de la misericordia como Madre del Redentor, lo cual no hace más que subrayar lo ya expresado: la asunción del sufrimiento de la humanidad es el camino que Dios eligió, la alter-

²² Idem.

²³ SD N° 28.

²⁴ Sto. Tomás S. Theol. I, q. 21, a. 4 resp.

²⁵ RH 9, p. 25, ed. cit.

²⁶ Redemptoris Mater 23, p. 47. Ed. Paulinas

²⁷ RM 24, p. 48, ed. cit.

nativa de la salvación, y por ello, de la misión de la Iglesia. Ella, la Mujer, expresión de la misericordia de Dios, es figura de la Iglesia que hace del sufrimiento de los hombres su propio camino, como el Buen Samaritano.

12. Dados determinados desarrollos y cambios culturales, con una nueva visión y valoración de la mujer, motivan la encíclica "Mulieris dignitatem" (MD). Ello no significa abandonar la tarea de leer el pensamiento de Juan Pablo II en sus encíclicas desde la pauta del sufrimiento que suscita la fidelidad del amor divino en relación vital con éste, la misericordia; ya que los múltiples aspectos del ser mujer, no deja de tener relación con lo que la misericordia significaba: la maternidad. Esta —dice el Papa— unida a la paternidad del hombre, refleja el eterno misterio del engendrar que existe en el Dios mismo, uno y trino (Cfr. Ef. 3, 1415)²⁸, agregando: "La mujer es 'la que paga' directamente por este común engendrar, que absorbe literalmente las energías del cuerpo y de su alma". Por ello, es ella por esta natural dirección a un hombre —el hijo posible— que "ella es más capaz que el hombre de dirigir su atención hacia la persona concreta"²⁹, que es lo propio del amor de Dios y que debe ser la forma del amor gestante de la Iglesia, como lo dijo en su encíclica programática: "No se trata del hombre 'abstracto' sino real, del hombre 'concreto', 'histórico'. Se trata de 'cada hombre'..."³⁰.

13. Desde el sufrimiento asumido por Dios mismo, mostrándolo misericordioso, amor dador de vida, es que levanta el Papa la voz para recordar a la Iglesia y a los hombres de buena voluntad, para un compromiso sincero y eficaz que transforme la realidad descrita como injusta por las desigualdades contradictorias y llenas de amenazas (cfr. n. 7).

De este modo, recuerda a la Iglesia "la urgencia" de actividad misionera en la encíclica "Redemptoris missio"³¹. La Iglesia, depositaria del Evangelio, de las "inescrutables riquezas de Cristo" (Ef. 3, 8)³², "no puede esconder ni conservar para sí esta novedad y riqueza, recibida de la divina bondad para ser comunicada a todos los hombres (op. *ibídem*) Evangelio que revela al

28 *Mulieris dignitatem* N° 18, p. 59, Ed. Paulinas.

29 *Idem*.

30 RH N° 13, p. 39, ed. cit.

31 *Redemptoris missio* N° 1, p. 3. Ed. Claretiana.

32 RMI N° 11, p. 21, ed. cit.

Padre bondadoso “lleno de compasión”³³, que revelan su proyecto: el Reino, que es la oferta de Dios por Cristo de la “liberación y salvación... (que) alcanzan a la persona humana en su dimensión tanto física como espiritual”³⁴. El Reino “tiende a transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que los hombres aprenden a amarse mutuamente, a personarse y a servirse mutuamente”³⁵. Sin duda que este progreso en el amor y el servicio requieren la purificación del amor por la iluminación de la conciencia con la verdad, que le muestre el recto “ordo amoris”, en una cultura que valora, y la Iglesia también, la dignidad del hombre en cuanto ser libre y, “paralelamente... (y) paradójicamente en contraste con ella, la cultura moderna pone radicalmente en duda esta libertad (Veritatis Splendor n. 33). Encíclica sobre “el esplendor de la Verdad” que no puede no entenderse, más allá de ciertas preocupaciones intraeclesiales que la provocan (n. 4-5) que otra forma de aquel “tormento apostólico” que expresara Pablo VI, en la necesidad de la Iglesia de dialogar con el hombre de nuestro tiempo como primera forma de servicio al Evangelio.

14. Frente a toda la realidad del mundo, con la consiguiente “sensación de amenaza” y el “estado desigualdad”, como lo señalará en “*Divis in misericordia*”³⁶ encara con acento propio la “cuestión social” como la habían llamado sus predecesores que nunca la descuidaron en su magisterio y compromisos. Así las encíclicas *Laborem excercens*, *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*. Realidad humana, social, histórica, herida y en estado de desigualdad, fruto del pecado que hiere el equilibrio entre el trabajo y la propiedad, ambos unificados en la vocación original del hombre de “dominar la tierra”: así como la persona se realiza plenamente en la libre donación de sí misma, así también la propiedad se justifica moralmente cuando crea, en los debidos modos y circunstancias, oportunidades de trabajo y crecimiento humano para todos”³⁷. Trabajo del hombre que no deja de estar marcado por el sufrimiento, pero por el pan que consigue vence la muerte, y participa la vida a aquellos que todo hombre tiene encomendados. Misteriosa pascua del trabajo del

³³ RMi N° 13, p. 25, ed. cit.

³⁴ RMi N° 14, p. 26, ed. cit.

³⁵ RMi N° 15, p. 27, ed. cit.

³⁶ DM 11, p. 47, ed. cit.

³⁷ *Centesimus annus* N° 42, p. 87, Ed. Claretiana.

hombre: desde la fatiga que lo desgasta, la conquista del pan que restaura la vida³⁸. Desde el sufrimiento, victoria de la vida: “los que siembran entre lágrimas, cosecharán entre canciones” (Salmo 125).

15. Juan Pablo II es testigo y ministro de esta esperanza, de esta victoria desde su propio sufrimiento personal que lo alcanzó y marcó su propia carne hasta el día de hoy. Supo de la opresión moral del nazismo criminal desde la ideología del dios de la raza; de la opresión stalinista, ante la indiferencia del llamado “mundo libre”; supo de la dureza del trabajo de minero y el trabajoso esfuerzo de buscar la verdad como infatigable estudiante y admirador del pensamiento de su tiempo; lo alcanzó el intento de su eliminación como Papa, la enfermedad, la debilidad. Desde su verificada verdad del sufrimiento, en sus encíclicas, el Evangelio de la gracia lo ilumina y lo rescata, y lo transforma en Evangelio para cada hombre sufriente, que —salvo que sea necio— lo es todo hombre. Esa es su grandeza que es motivo de acción de gracias. Sí, su grandeza, en tiempos de tantas mezquindades, frente a la insensatez, maldad y estupidez que gobiernan el mundo. Sí, su grandeza, y por ello, testigo de la humanidad que no se resigna frente al “estado de cosas”, a los “darwinistas” de la política, de la economía, del poder que reconoce la supervivencia del más fuerte y desconoce la grandeza de la miseria, del instalarse en ella, para desde ella, dar espacio a la esperanza.

Escribía Eduardo Mallea: “El hombre no es sólo un aprendiz de técnicas; el hombre ha demostrado su maestría al llevar el verbo de su niñez a la expresión excelsa de su reclamo espiritual. Lo que su lenguaje ha obtenido soberanamente en el apetito de grandeza surgido de la fragilidad de su carne. Quiere decir que el hombre se ha instituido un deber: ese reclamo de sabiduría sobre su condición, sobre su destino sobrenatural de tal condición. Más grande el hombre, más su conciencia de lo trascendente necesario. Más grande su conciencia de lo que reclama al mundo y al cielo. Más grande su necesidad de mejorarse como destino en el mundo, como dignidad de vida colectiva o convivencia social y humana en medio de los demás hombres. Más grande su necesidad de hallar arreglo en un mundo cada vez más amenazado, cada vez más duro para el hombre común, cada vez más cruel para el que nace no teniendo nada.

³⁸ *Laborem Excercens* N° 27, p. 84-87, Ed. Paulinas.

Más grande el hombre cuanto más desea que la perfección o la salvación del destino humano, que su felicidad empiecen en la tierra; más aún: que empiecen en el abismo mismo de los infortunados a fin de rescatarlos de ese abismo. El pensamiento humano más grande es el que se propone el grito más grande en favor de un hombre, una defensa más grande del más indefenso de los hombres”³⁹.

¿No es éste el “verbo” que ha articulado el pensamiento y la palabra de Juan Pablo II, como advertencia y reclamo profético por la humanidad indefensa, “epílogo” del milenio que mostró la fatuidad de las variadas “especies” del superhombre...?

Mientras haya hombres que conjuguen este “verbo”, a pesar de todo, la historia estará abierta a la esperanza, no sólo a la que depende de la Promesa de Dios, que es su reino definitivo, sino a la que los hombres razonablemente pueden construir, olvidando la insensatez y falta de cordura que parecen gobernar este mundo, construyéndolo con prudencia, fortaleza, templanza y también con la locura de la santidad del amor que se hace don de sí mismo. Son los hombres que articulan en sus propias palabras y con su vida el clamor del Verbo de Dios, encarnado y crucificado, clamor de abandono y confesión de confianza en el Padre (cf. Mc. 15, 34; Lc. 23, 46).

**REGALE UNA SUSCRIPCIÓN DE
COMMUNIO**

³⁹ Eduardo Mallea. Notas sobre el hombre contemporáneo. La Nación, 28-11-1982.